

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

CHACO

159

RESISTENCIA

Maestro JOSEFA M. B. DE SERRA Escuela N° 3

Fojas 2

OBSERVACIONES

Resistencia - Chaco

Escuela Elemental Mixta N° 3

Josefa M. B. de Serra

Narrado por Virginia Barón de Baqué

Edad de esta persona: 67 años

Este episodio es conocido de otras personas

X

Tradiciones populares

Asalto a la estancia "Santa Ana"

Las selvas del Chaco, ricas en vegetación y pobladas de una fauna variada, atraían hacia su seno a los esforzados pobladores, que a fuerza de sacrificios, fueron disputando la tierra, al dominio de la selva y del indio.

Este último, arde del temerario estanciero o colono, hoy se encuentra en la impotencia, por el esfuerzo de nuestros ejércitos que en holocausto a la civilización, regaron con la generosa sangre de sus bravos oficiales y soldados, las vastas regiones de este rico territorio.

En el paraje conocido con el nombre de Palometa, existía una estancia denominada Santa Ana, a orillas del río que lleva el mismo nombre que era región, propiedad de la señora Alicia Lesage de la Villehume, el 13 de Marzo de 1898 fue asaltada por

unos 300 indios capitaneados por tres correntinos, ex peones de la estancia, quienes eran poseedores de la venta de una gran partida de onzillos, efectuada en esos días y creyendo que el dinero se encontraba allí, decidieron robarlo.

En la madrugada de dicho día, Rolando, el hijo de la señora, emprendió viaje a Resistencia, distante ocho leguas, lo que aprovecharon los salvajes para llevar a cabo su intento.

Rodearon la estancia y agazapándose detrás de los corrales de palo a fique en que estaba encerrada la caballada, prepararon una emboscada, haciendo que cuatro indios arrearan el ganado vacuno que se hallaba en número considerable en corrales más distantes. Por el tropel y el espanto de los caballos, el capatán, que en ese momento se levantaba, prestó atención, y a la débil claridad de la aurora distinguió el resplandor de la hacienda, el que denunció al mayordomo, los dos únicos hombres de defensa que en ese momento se hallaban en la estancia.

De inmediato montaron a caballo munidos de sus armas, para rescatar el ganado alejándose de la casa, lo que aprovechó el grueso de la horda para atacar la casa y abrir un nutrido fuego y una lluvia de flechas contra los dos ginetes, logrando herir primero el caballo del capatán, el que en

desenfrenada carrera se dirigió hacia una zanja y al querer saltarla cayó al fondo apretando al ginete, que fue ultimado a lanzazos, corriendo igual suerte el montado del mayordomo, el que quedó tendido en el suelo, logrando su dueño entre el fuego de retiradores, huir a la estancia vecina, propiedad del señor Santiago Ninfel.

Mientras esto sucedía en los corrales, en la casa se desarrollaba un cuadro desconsolador; los atacantes entre sultidos y blasfemias, derribadas las puertas, revolviendo cuanto a su paso hallaban, destruyendo todo con el fin de encontrar el codiciado dinero; destrozaban a hachazos todos los muebles y hasta un piano, creyendo tal vez, ser la caja de caudales.

En la cocina encontraron a Eulalia, la cocinera, a la que respetaron la vida, tal vez con el propósito de llevarla, pero no así la de un viejito, el que se cubrió con un cuero seco, para ocultarse, pero descubierto, fue estropeado a golpes y dejado por muerto; a consecuencia de ello, a los pocos días murió.

El ruido que todo esto producía despertó a la señora, quien al comprender lo que pasaba, huyó por los fondos, pero al salir, recordó que un indiecito llamado Gerardo, criado suyo, dormía en una pieza cercana, y guiada por su alma generosa, volvió en su busca, temerosa de la suerte que correría, y al intentar salir

de nuevo al patio, para fugarse ocultándose entre las filantas del jardín, fue vista por los indios, quienes la persiguieron y al darle alcance hirieronla de muerte, en el costado izquierdo, de un lanzazo.

Una vez registrado todo y cargados del botín, huyó el malón arreando la caballada y los vacunos y llevándose a Gerardo, no así a la cocinera, que logró ocultarse.

avisados por el señor Federico Beaurrenó, el mayordomo salvado milagrosamente, los pocos vecinos con que contaba la estancia, reunieronse para acudir en auxilio de los atacados, llegando cuando ya se habían retirado los indios.

La señora murió pocas horas después a pesar de los cuidados que le prodigaron.